

Psicología Clínica de Adultos y geróntes

ALGUNAS REFERENCIAS
SOBRE LA NEUROSIS
OBSESIVA EN LA OBRA DE
LACAN.

La presente recopilación sigue un criterio que merece explicitarse. Se trata en efecto, de trabajar algunos fragmentos en los cuales Lacan nos deja algunas indicaciones que orientan al analista acerca del *método* para responder al sujeto obsesivo. Este método, como es usual en clínica psicoanalítica, se construye según el modo en que se entiende la *estrategia* del sujeto en cuestión.

Por eso empezamos por su descripción en "El psicoanálisis y su enseñanza".

Seguimos con "Función y campo de la palabra", texto en el que Lacan a partir de diferenciar el plano del yo del plano del deseo, sitúa a la histeria y a la neurosis obsesiva en relación al

quehacer del analista.

En el siguiente fragmento del mismo texto tenemos la fundamentación del uso del tiempo como modo de intervención, cuyo inicio está determinado por los obstáculos que presenta un dispositivo "obsesionalizado" para actuar sobre la estructura homónima.

En el final del Seminario I Lacan retoma la descripción de la neurosis obsesiva en términos hegelianos, para indicar el modo y el *timing* del trabajo del analista con su posición.

Los fragmentos del Seminario X nos permiten pensar los elementos de la entrada en análisis del obsesivo por una operación sobre el síntoma. La vía de la angustia revela al sujeto la dimensión de la causa de su padecimiento. El corte del acto compulsivo o la ruptura de los términos de la duda, al presentificar el objeto que divide

al sujeto, lo coloca en la posición -aquí denominada *embarazo*- que constituye la condición de entrada en la transferencia.

Lic. Nestor Eduardo Suarez

FOTOCOPIADORA
31 CEHCE
Clínica de Adultos
92 S/F 1
FOLIO. D/F 3

31-160

EL PSICOANALISIS Y SU ENSEÑANZA (1957) (*)

Dejando por ahora allí a la dama, regresaremos a lo masculino para el sujeto de la estrategia obsesiva. Señalemos de pasada a la reflexión de ustedes que ese juego tan sensible a la experiencia y que el análisis hace manifiesto no ha sido nunca articulado en estos términos. Aquí, es a la muerte a la que se trata de engañar con mil astucias, y ese otro que es el yo del sujeto entra en juego como un soporte de la apuesta de las mil hazañas que son las únicas que le aseguran el triunfo de sus astucias. La seguridad que la astucia toma de la hazaña se replica con las seguridades que la hazaña toma en la astucia. Y esa astucia que una razón suprema sostiene de un campo fuera del sujeto que se llama el inconsciente es también aquella cuyo medio como su fin le escapan. Porque ella es la que retiene al sujeto, y aun le

arrebatara fuera del combate, como Venus hizo con Paris, haciéndole estar siempre en otro lugar que aquel donde se corre el riesgo, y no dejar en el lugar sino una sombra de si mismo, pues anula de antemano la ganancia como la pérdida, abdicando en primer lugar el deseo que está en juego. Pero el goce del que el sujeto queda así privado es transferido al otro imaginario que lo asume como goce de un espectáculo: a saber el que ofrece el sujeto en la jaula, donde con la participación de algunas fieras de lo real, obtenida casi siempre a expensas de ellas, prosigue la proeza de los ejercicios de alta escuela con la que da sus pruebas de estar vivo.

El hecho sin embargo de que se trate solamente de dar pruebas conjura bajo cuerda a la muerte tras el desafío que se le lanza. Pero todo el placer es para ese otro al que no se podría sacar de su sitio sin que la muerte se desencadenase, pero del que se espera que la muerte acabe con él.

2

Así es como del otro imaginario la muerte viene a tomar el semblante, y que a la muerte se reduce el Otro real. Figura-límite para responder a la pregunta sobre la existencia.

Pag.434/5

(*) Lacan, Jaques, en *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1988.

FUNCION Y CAMPO DE LA PALABRA (1953) (*)

Para saber cómo responder al sujeto en el análisis, el método es reconocer en primer lugar el sitio donde se encuentra su *ego*, ese *ego* que Freud mismo definió como *ego* formado de un núcleo verbal, dicho de otro modo, saber por quién y para quién el sujeto plantea su *pregunta*. Mientras no se sepa, se correrá un riesgo de contrasentido sobre el deseo que ha de reconocerse allí y sobre el objeto a quien se dirige ese deseo.

El histérico cautiva ese objeto en una intriga refinada y su *ego* está en el tercero por cuyo intermedio el sujeto goza de ese objeto en el cual se encarna su *pregunta*. El obsesivo arrastra en la jaula de su narcisismo los objetos en que su *pregunta* se repercute en la coartada multiplicada de figuras mortales y, domesticando su alta voltereta, dirige su homenaje ambiguo hacia el palco donde tiene él mismo su lugar, el del amo que no puede verse.

Trahit sua quemque vulupias; uno se identifica al espectáculo, y el otro hace ver. En cuanto al primer sujeto, tenéis

que hacerle reconocer dónde se sitúa su acción, para la cual el término *acting out* toma su sentido literal puesto que actúa fuera de sí mismo. En cuanto al otro tenéis que hacerlos reconocer en el espectador invisible de la escena, a quien le une la mediación de la muerte.

Pag. 291/2

Testigo invocado de la sinceridad del sujeto, depositario del acta de su discurso, referencia de su exactitud, fiador de su rectitud, guardián de su testamento, escribano de sus codicilos, el analista tiene algo de escriba.

Pero sigue siendo ante todo el dueño de la verdad de la que ese discurso es el progreso. Él es, ante todo, el que puntúa, como hemos dicho, su dialéctica. Y aquí, es aprehendido como juez del precio de ese discurso. Esto implica dos consecuencias.

La suspensión de la sesión no puede dejar de ser experimentada por el sujeto como una puntuación en su progreso. Sabemos cómo calcula el vencimiento de esta sesión para articularlo con sus propios plazos,

incluso con sus escapatorias, cómo anticipa ese progreso sopesándolo a la manera de un arma, acechándolo como un abrigo. Es un hecho que se comprueba holgadamente en la práctica de los textos de la escritura simbólica, ya se trate de la Biblia o de los canónicos chinos: la ausencia de puntuación es en ellos una fuente de ambigüedad, fija el sentido, su cambio lo renueva o lo trastorna, y, si es equivocada, equivale a alterarlo.

La indiferencia con que el corte del timing interrumpe los momentos de apresuramiento en el sujeto puede ser fatal para la conclusión hacia la cual se precipitaba su discurso, e incluso fijar en él un malentendido, si no es que da pretexto a un ardid de retorsión. Los principiantes parecen más impresionados por los efectos de esta incidencia, lo cual hace pensar que los otros se someten a su rutina. Sin duda la neutralidad que manifestamos al aplicar estrictamente esta regla mantiene la vía de nuestro no-actuar. Pero este no actuar tiene su límite, si no no habría intervención: ¿y por qué hacerla imposible en este punto, así privilegiado? El peligro de que este punto tome un valor obsesivo en el analista es simplemente el de que se

preste a la connivencia del sujeto: no sólo abierta al obsesivo, pero que toma en él un vigor especial, justamente por su sentimiento del trabajo. Es conocida la nota de trabajo forzado que envuelve en este sujeto hasta los mismos ocios.

Este sentido está sostenido por su relación subjetiva con el amo en cuanto que lo que espera es su muerte. El obsesivo manifiesta en efecto una de las actitudes que Hegel no desarrolló en su dialéctica del amo y del esclavo. El esclavo se ha escabullido ante el riesgo de la muerte, donde le era ofrecida la ocasión del dominio en una lucha de puro prestigio. Pero puesto que sabe que es mortal, sabe también que el amo puede morir. Desde ese momento, puede aceptar trabajar para el amo y renunciar al gozo mientras tanto; y, en la incertidumbre del momento en que se producirá la muerte del amo, espera.

Tal es la razón intersubjetiva tanto de la duda como de la procrastinación que son rasgos de carácter en el obsesivo.

Sin embargo todo su trabajo se opera bajo la égida de esta intención, y se hace por eso doblemente enajenante. Pues no sólo la obra del sujeto le es arrebatada por otro, lo cual

es la relación constituyente de todo trabajo, sino que el reconocimiento por el sujeto de su propia esencia en su obra, donde ese trabajo encuentra su razón, no le escapa menos, pues él mismo "no está en ello", está en el momento anticipado de la muerte del amo, a partir de la cual vivirá, pero en espera de la cual se identifica a él como muerto, y por medio de la cual él mismo está ya muerto.

No obstante, se esfuerza en engañar al amo por la demostración de las buenas intenciones manifestadas en su trabajo. Es lo que los niños buenos del catecismo analítico expresan en su rudo lenguaje diciendo que el ego del sujeto trata de seducir a su *superego*.

Esta formulación intrasubjetiva se desmistifica inmediatamente si se la entiende en la relación analítica, donde el *working through* del sujeto es en efecto utilizado para la seducción del analista.

Tampoco es una casualidad que, en cuanto el progreso dialéctico se acerca a la puesta en tela de juicio de las intenciones del ego en nuestros sujetos, la fantasía de la muerte del analista, experimentada a menudo bajo la forma de un temor, incluso de una angustia, no deje nunca de producirse.

Y el sujeto se apresura a lanzarse de nuevo en una elaboración aún más demostrativa de su "buena voluntad".

¿Cómo dudar entonces del efecto de cierto desdén por el amo hacia el producto de semejante trabajo? La resistencia del sujeto puede encontrarse por ello absolutamente desconcertada. Desde este momento, su coartada hasta entonces inconsciente empieza a descubrirse para él, y se le ve buscar apasionadamente la razón de tantos esfuerzos.

No diríamos todo esto si no estuviésemos convencidos de que experimentando en un momento, llegado a su conclusión, de nuestra experiencia, lo que se ha llamado nuestras sesiones cortas, hemos podido sacar a luz en tal sujeto masculino fantasías de embarazo anal con el sueño de su resolución por medio de una cesárea, en un plazo en el que de otro modo hubiéramos seguido reducidos a escuchar sus especulaciones sobre el arte de Dostoievski.

Por lo demás no estamos aquí para defender ese procedimiento, sino para mostrar que tiene un sentido dialéctico preciso en su aplicación técnica. (*)

(5)

SEMINARIO I "LOS ESCRITOS TECNICOS DE FREUD" (1953- 1954) (*)

O. Mannoni: *Pienso que éste es un problema concreto. Por ejemplo, hay obsesivos para quienes toda su vida es una espera. Hacen del análisis una espera más. Es justamente lo que quisiera comprender: ¿por qué esa espera del análisis reproduce en cierto modo la espera de la vida y la modifica?*

Perfectamente, y esto es lo que me preguntaron a propósito del caso Dora. El año pasado, desarrollé la dialéctica del *Hombre de las ratas* en torno a la relación amo y esclavo. ¿Qué espera el obsesivo? La muerte del amo. ¿De qué le sirve esta espera? Se interpone entre el y la muerte. Cuando el amo muera todo empezará. Vuelven a encontrar en todas sus formas esta estructura.

Por otra parte, el esclavo tiene razón; tiene todo derecho a jugar con esta espera. Citando una salida que se atribuye a

Tristan Bernard, el día que fue detenido para ser llevado al campo de Dantzig: *Hasta ahora vivimòs en la angustia, ahora viviremos en la esperanza.*

El amo -digámoslo- está en una relación mucho más abrupta con la muerte. El amo en estado puro está en una posición desesperada: nada tiene que esperar sino su propia muerte, pues nada puede esperar de la muerte del esclavo, excepto ciertos inconvenientes. En cambio el esclavo tiene mucho que esperar de la muerte del amo. Mas allá de la muerte del amo, será preciso que afronte la muerte como todo ser plenamente realizado, y que asuma, en el sentido heideggeriano, su ser-para-la-muerte. Precisamente el obsesivo no asume su ser-para-la-muerte, está en suspenso. Esto es lo que hay que mostrarle. Esta es la función de la imagen del amo como tal.

O. Mannoni: *-...que es el analista. ...que se encarna en el analista. Sólo después de haber intentado*

unas cuantas salidas imaginarias fuera de la prisión del amo, de acuerdo a ciertas escansiones, a cierto *timing*, sólo entonces podrá el obsesivo realizar el concepto de sus obsesiones, es decir lo que ellas significan.

En cada obsesión hay, necesariamente, cierta cantidad de escansiones temporales, e incluso de signos numéricos. Ya abordé este tema en el artículo sobre el *Tiempo lógico*. El sujeto pensando el pensamiento del otro, ve en el otro la imagen y el esbozo de sus propios movimientos. Ahora bien, cada vez que el otro es exactamente el mismo que el sujeto, no hay más amo que el amo absoluto, la muerte. Pero el esclavo necesita cierto tiempo para percibirlo.

Ya que está demasiado contento con ser esclavo, como todo el mundo.

31-180

(*) Lacan, Jaques, Seminario I "Los escritos técnicos de Freud". Paidós, Buenos Aires, 1990.

6

SEMINARIO X "LA ANGUSTIA" (1962-1963) (*)

Tal es el interés que nos empuja a recordar de qué modo se anuncia esa presencia del a como causa del deseo. Desde los primeros antecedentes de la investigación analítica se anuncia, de una manera más o menos velada, precisamente en la función de la causa.

Esta función es observable en los datos de nuestro campo, aquel por el cual se embarca la búsqueda, a saber, el campo del síntoma. En todo síntoma se manifiesta esa dimensión que hoy trataré de desplegar ante ustedes. Para ello partiré de uno del que no es casual que tenga tal función ejemplar, a saber, el síntoma del obsesivo. Pero si lo traigo, es porque nos permite entrar en esa localización de la función de a, en tanto que éste revela funcionar en los primeros datos del síntoma en la dimensión de la causa.

¿Qué nos presenta el obsesivo bajo la forma patognómica de su posición? La

obsesión o compulsión, articulada o no para él en una motivación en su lenguaje interior: "haz esto o aquello, ve a verificar que la puerta, la canilla, está o no cerrada". Bajo su forma más ejemplar, este síntoma implica que la no continuación, por así decir, de su línea, despierta la angustia. Esto hace que el síntoma nos indique, en su fenómeno mismo, que nos hallamos en el nivel más favorable para enlazar la posición de a tanto con los aspectos de angustia como con los de deseo.

En efecto, la angustia se muestra; en cuanto al deseo, desde el comienzo, históricamente antes de la búsqueda freudiana, antes del análisis en nuestra praxis, ese deseo está escondido, y sabemos qué trabajo nos da desenmascararlo, si es que alguna vez lo logramos...

Pero aquí merece ser destacado un dato de nuestra experiencia que se presenta ya en las primerísimas observaciones de Freud y que

constituye, diría yo, aunque no se lo haya observado como tal, quizás el paso más esencial en la avanzada por la neurosis obsesiva: que Freud y nosotros mismos hemos reconocido y podemos reconocer diariamente el hecho de que la marcha analítica no parte del enunciado del síntoma, tal como acabo de describirlo, es decir, según su forma clásica, definida desde el principio, la compulsión con la lucha ansiosa que la acompaña, sino del reconocimiento de lo siguiente: que eso funciona así. Este reconocimiento no es un efecto separado del funcionamiento del síntoma, no es epifenoménicamente como el sujeto tiene que darse cuenta de que eso funciona así.

El síntoma sólo queda constituido cuando el sujeto se percata de él; porque por experiencia sabemos que hay formas de comportamiento obsesivo donde el sujeto no sólo no reparó en sus obsesiones, sino que no las ha constituido como tales. Y en este caso, el primer paso del análisis - al

respecto hay célebres pasajes de Freud- es que el síntoma se constituya en su forma clásica. Sin esto, no hay medio de salir de él, y no simplemente porque no hay medio de hablar de él, sino porque no hay medio de atraparlo con los oídos. ¿Qué es lo oído en cuestión? Algo que podemos llamar lo no-asimilado del síntoma por el sujeto.

Para que el síntoma salga del estado de enigma que aún no estaría formulado, el paso no es que se formule, sino que en el sujeto se dibuje algo cuya índole es que se le sugiere que hay una causa para eso. Esta es la dimensión original, tomada aquí en la forma del fenómeno, de la que en otra parte les mostraré dónde se la puede encontrar.

Esa dimensión - la de que hay una causa para eso- donde sólo la implicación del sujeto en su conducta se quiebra, tal ruptura es la complementación necesaria para que el síntoma nos sea abordable. Lo que pretendo decirles y mostrarles es que ese signo no constituye un paso en lo que podría llamar la inteligencia

de la situación, sino que es algo más, que hay una razón para que ese paso sea esencial en la cura del obsesivo.

(...) Ven ahora el interés que reviste marcar, tornar verosímil el hecho de que la dimensión de la causa indica la emergencia, la presentificación, en datos de partida del análisis del obsesivo, de ese a en torno del cual - éste es el futuro de lo que ahora trato de explicarles- debe girar todo el análisis de la transferencia para no verse forzado a dar vueltas en círculo.

Clase del 12/6/63

(...) lo que el sujeto obsesivo busca en lo que antes llamé su recurrencia en el proceso del deseo, es reencontrar la causa auténtica de todo este proceso. Y debido a que dicha causa no es otra cosa que ese objeto último, abyecto y ridículo, en esta búsqueda queda en suspenso y siempre se manifiesta, a nivel del acting-out, lo que dará a tal búsqueda del objeto sus tiempos

de suspensión, sus falsos senderos, sus falsas pistas, sus derivaciones laterales; estos harán que la búsqueda gire indefinidamente, y se manifiestan en el síntoma fundamental de la duda, que va a marcar, para el obsesivo, el valor de todos sus objetos de sustitución.

El no poder -¿no poder qué?- el impedirse, la compulsión, la duda, conciernen precisamente a esos objetos dudosos gracias a los cuáles es aplazado el momento de acceso al objeto último, que sería el final, en el sentido pleno del vocablo, es decir, la pérdida del sujeto en el camino donde siempre esta abierta la entrada por la vía del embarazo (embarras), aquél en el que lo introduce la cuestión de la causa y por lo cual entra en transferencia.

Clase del 25/6/63

31-160

(*) Lacan, Jaques, Seminario X "La angustia", 1962-1963. Inédito.